

español dispuso continuar al siguiente día su marcha hacia Méjico. Viendo la buena disposición de los choluleses hacia los españoles y la completa armonía establecida entre ellos y los tlaxcaltecas, creyó que no debía temer nuevas asechanzas y que dejaba asegurada la paz.

Dadas las órdenes para la partida, los jefes cempoaltecas manifestaron á Cortés vivos deseos de volver á Cempoala con su gente, pues anhelaban ver á sus familias y no separarse mucho de su patria. El deseo era justo, y el jefe castellano les concedió lo que pedían. Satisfecho de los importantes servicios que le habían prestado desde su salida, les manifestó su profundo agradecimiento; les hizo muchos regalos; les entregó varias alhajas para el cacique, como memoria de su aprecio, y les encargó que facilitasen las cosas necesarias á la guarnición española que había dejado en la Villa Rica para defensa de la provincia.

Los jefes cempoaltecas ofrecieron obsequiar lealmente los deseos de Hernan Cortés, y se despidieron de él afectuosamente, jurándole inquebrantable amistad.

Al día siguiente, mientras la fuerza cempoalteca debía volver cargada de ricos despojos á su pintoresca provincia, los españoles marcharian hacia la corte de Moctezuma.

La noche llegó, y los ejércitos se entregaron al descanso para emprender, dentro de breves horas, su marcha por rumbos opuestos.

## CAPÍTULO XXXVI

Sale Hernan Cortés de Cholula para Méjico.—Adhesion de los pueblos á Cortés.—El ejército encuentra dos caminos, uno mandado obstruir por Moctezuma.—Cortés toma el obstruido.—Algunas reflexiones respecto al fin que llevó Moctezuma al mandarlo cerrar.—Descripcion del valle de Méjico.—El ejército español pasa por Amaquemecan, Tlalmanalco y otros pueblos.—Quejas de los habitantes contra Moctezuma.—Moctezuma consulta con el rey de Texcoco y el señor de Iztapalapan si se deberá recibir á Cortés.—Opiniones encontradas.—Moctezuma abraza la de recibirle, y envia de embajador al rey de Texcoco.—Pintorescos pueblos fundados á la orilla de los lagos.—Iztapalapan: su importancia y su belleza.

Al brillar la luz del nuevo día, el ejército español salía de sus cuarteles, tomando el camino que conducía á la famosa capital del imperio azteca. Seis mil tlaxcaltecas y algunas fuerzas de Huexotzinco y de Cholula marchaban de auxiliares.

Hernan Cortés emprendió la marcha con las mismas

precauciones que habia observado desde el principio de la campaña.

Los senadores de Tlaxcala le habian aconsejado, al saber su resolucion de pasar á la corte de Moctezuma, que desistiese de su intento, porque se exponia á caer en terribles celadas. El mismo consejo le habian dado los cempoaltecas; y Cortés, aprovechando el aviso, desplegó doblemente su vigilancia para evitar sorpresas y emboscadas.

El camino presentaba por uno y otro lado ricos sembrados y deliciosas huertas, alfombrando, en círculo, el pintoresco sitio en que se levantaban alegres y risueños caseríos que blanqueaban entre la verde enramada, como bellos nidos de candidas palomas al través de los elevados árboles de una frondosa alameda.

Cruzando cinco leguas por en medio de agradables praderas y de cultivadas campiñas, llegaron á Iztapan, pintoresco pueblecillo perteneciente á la república de Huexotzinco, desde donde, por decirlo así, partian dos caminos para dirigirse á Méjico. Esperaban á Cortés, con ánimo de obsequiarle y ofrecerle de nuevo sus servicios, los gobernantes del señorío, aliados de los tlaxcaltecas y enemigos terribles de Moctezuma.

El jefe español fué obsequiado, al poner la planta en el agradable pueblecillo, con un refresco, y los soldados con jugosas tunas, que los hospitalarios habitantes les presentaban para que mitigasen su sed. Leales en su alianza con los españoles, como lo eran los tlaxcaltecas, los caciques huexotzincas manifestaron á Cortés que á corta distancia existian dos senderos que conducian al fin de su viaje. Uno ancho y compuesto, que pasaba al lado de grandes barran-

cas en que era de temerse alguna emboscada de las tropas de Moctezuma. El otro, obstruido recientemente con troncos de árboles, cortados exprofeso, intransitable para los caballos, pero en cambio mas corto y mas seguro.

Cortés agradeció el aviso y emprendió la marcha. Pronto vió que no le habian engañado. Con efecto, al llegar al sitio por ellos indicado vió obstruida la entrada de uno de los caminos por gruesos troncos de árboles, ramas y gruesas piedras. Preguntó á los embajadores mejicanos la causa que existia para ello, siendo así que era el mas corto segun sus cálculos. La contestacion fué que el emperador lo habia ordenado así, porque por allí habia necesidad de hacer una jornada por territorio perteneciente á la república de Huexotzinco, enemiga de Méjico, no pudiendo, por lo mismo, proporcionarle los víveres que por sus tierras; y porque, aunque en efecto era mas corto, presentaba pasos dificiles para la caballería. El caudillo español dijo que bastaba que hubiese dificultades para preferirlo, puesto que los obstáculos y los peligros constituian el placer de los castellanos. En consecuencia mandó á los tlaxcaltecas que quitasen los estorbos del sendero, pues habia resuelto marchar por él.

Acaso no reconocia la disposicion de Moctezuma otra causa que la de evitar que Cortés pasase por pueblos contrarios á su gobierno. Temia que los diversos señoríos se confederasen con los extranjeros para derrocarlo, y no hay esfuerzo en creer que obraba sin doblez.

Respecto del camino dispuesto para la marcha de los españoles, que era el de Calpulalpa, no hay duda que contaba con mejores condiciones de comodidad que el

fragoso cuya entrada habia mandado obstruir. Sin embargo, Hernan Cortés estaba en el deber de recelar. El descargo de los choluleses y los avisos de los aliados debian tener mas fuerza, para él, que el dicho de los embajadores mejicanos. Las vehementes sospechas del caudillo español eran justas, puesto que descansaban en el consejo de los magnates confederados. Al tomar, por lo mismo, la senda obstruida, cumplió con su deber para no exponer á su ejército á eventualidades peligrosas (1).

Hernan Cortés, á pesar de los justos celos que abrigó respecto de la conducta del emperador azteca, á nadie dió á conocer sus sospechas. Demasiado político, supo disimular su desconfianza, y se manifestó con los embajadores mejicanos agradecido al buen deseo que habia guiado al emperador al mandar obstruir el camino que él, por placer á vencer las dificultades, elegia.

(1) Solís pone como hecho indudable la celada. Dice que se ejecutó el mandato de Cortés «con grande admiracion de los embajadores, que sin discurrir en que se habia descubierto el ardid de su príncipe, tuvieron á especie de adivinacion aquel acierto casual. Los indios emboscados, luego que reconocieron desde sus puestos que los españoles se apartaban de la celada y seguian el camino real, se dieron por descubiertos y trataron de retirarse». Pero este aserto no descansa mas que en el dicho de los pueblos que se quejaban de Moctezuma. Yo no me constituí en defensor del débil monarca mejicano; pero no puedo aceptar una acusación que solo descansa en el dicho interesado de los que se rebelaban contra él. Hernan Cortés no afirma que hubiese celada; únicamente manifiesta sospechas. Igual cosa sucede respecto á los escuadrones que se dice estaban emboscados. Cuando preguntó, despues de haber terminado el camino, si en el otro habian estado algunos escuadrones, le contestaron los que deseaban confederarse con él, que sí. La noble conducta observada por Moctezuma con los españoles en la capital, arguye contra el dicho de los caciques, enemigos suyos.

Desembarazada la ruta, el ejército continuó su viaje por un inmenso bosque de pinos y de encinas, cuyo espeso ramaje impedia la entrada á los rayos del sol.

El terreno era á propósito para una sorpresa. En aquellos prolongados bosques podian ocultarse cómodamente numerosos ejércitos, sin que pudiera descubrirse un solo hombre, aun á la distancia mas corta del sendero. Nada mas fácil que caer de repente sobre la fuerza española que pasaba por en medio, sin darla tiempo á defenderse.

Hernan Cortés conocia lo peligroso del punto, y marchaba de un sitio á otro de la columna, vigilando incesantemente, recomendando á los de caballería que guardasen el orden de ir de tres en tres.

La descubierta, compuesta de los hombres mas sueltos, marchaba á distancia conveniente, mientras una fuerza de cuatro jinetes, montados en los mejores caballos, iba en la vanguardia explorando el campo que era preciso atravesar.

Con este cuidado y vigilancia avanzaba el ejército por la agreste sierra que divide las notables mesas de Méjico y Puebla, alejándose de las risueñas campiñas y florestas que tapizaban las feraces llanuras de Cholula. La campiña, el aspecto del país, la temperatura, todo habia cambiado.

Un viento frio bajaba de las montañas de perpétuas nieves, helando el cuerpo de los soldados que subian lentamente hácia la cima del elevado monte Ithualco, situado entre los dos inmensos volcanes el Popocatepetl y el Iztaccihuatl.

El camino era áspero y pedregoso. Una tupida nevada

empezó á caer en aquellos instantes. El ejército, aterido de frio y hambriento, llegó por fin á la cima de la montaña, donde se alojó en unos vastos edificios construidos para hospedaje de los comerciantes mejicanos y choluleses que marchaban de una á otra capital.

Allí pudieron apreciar todo el mérito de Diego de Ordaz al ascender al gigantesco volcan.

Aun arrojaba inmensas bocanadas de humo que, elevándose rectamente de la nevada cima, remedaba el negro penacho de un guerrero flotando sobre el bruñido casco de acero que velaba su cabeza.

Próximo al coloso de las montañas de Anáhuac, descubrieron el Iztaccihuatl, ó «mujer blanca», remedando en su forma una fantástica dama vestida con blanco ropaje.

Desde la elevada cima de Ithualco contemplaron asombrados los españoles el majestuoso y bellissimo valle de Méjico, que excede á lo ponderable y realiza los sueños de la imaginacion. Nada hay comparable á ese conjunto de inmensos lagos, jardines, ciudades, rios, aldeas, bosques y florestas, admirablemente colocados en el delicioso oasis en que se asentaba la grandiosa ciudad del poderoso Moctezuma.

Es imposible ver sin asombro y admiracion aquella naturaleza ataviada con todo el lujo que, en la plenitud de sus bondades, derramó Dios en ese delicioso valle que ocupa el centro mismo de la cordillera de Anáhuac.

No puede crear la fecunda imaginacion del pintor y del poeta un cuadro que ostente la riqueza y variedad que presenta ese magnífico valle, de figura oval, que se extiende en su longitud diez y ocho leguas, doce en su lati-

tud, sesenta y siete en su circunferencia, y cuenta doscientas cuarenta y cinco leguas cuadradas de superficie.

Cuando el curioso observador se coloca en algun punto culminante de la moderna ciudad, se conmueve gratamente ante el grandioso espectáculo de la naturaleza que se desarrolla ante sus ojos, y no puede menos que traer á la memoria la grata impresion y admirable sorpresa que debió producir en el ejército de Cortés el indescriptible panorama que se descorria á su vista. Cinco grandiosos lagos, ocupando la décima parte del terreno, rodeados de pintorescos pueblos y de cultivadas campiñas, miran resbalar en la superficie de sus serenas aguas las ligeras canoas de los indios pescadores, y cruzar las que, cargadas de madera, de semillas, de flores y de verdura, se dirigen al mercado de las poblaciones situadas en sus márgenes. El majestuoso lago de Texcoco, el mas hermoso de todos los del valle, y que Hernan Cortés llamó en sus cartas *un mar interior*, se presenta acariciando con sus ondas los antiguos muros de la corte del rey y poeta Nezahualcoyotl, de la Atenas del Anáhuac; lago á donde descenden las aguas de las montañas inmediatas, cubierto de una nube flotante de densos vapores que, levantándose de la superficie como un gran velo acariciado por las auras, oculta la base de los nevados y altivos volcanes de Popocatepetl y de Iztaccihuatl.

A la altura de dos mil doscientos setenta y siete metros á que se encuentra sobre el nivel del mar el pintoresco valle, en Europa el suelo se encontraria desnudo, desprovisto de flores, dejando ver acaso algunas plantas languideciendo bajo el rudo clima que envuelve las re-

giones elevadas en la estacion del invierno. Pero allí, bajo una temperatura dulce y blanda; allí donde la primavera es eterna y eterno el suave soplo de las auras, se admira el mas maravilloso de los contrastes; se admira la naturaleza vestida constantemente con las mas brillantes galas que produce la fecunda tierra, ofreciendo á todas horas bellas flores y delicados frutos.

La vista descubre, por donde quiera que envia su mirada, espaciosas llanuras, floríferos vergeles, campos cubiertos de vistosos maizales que se extienden como un már de oro hasta las elevadas montañas que circunvalan el valle, sobresaliendo los dos gigantescos volcanes que, cubiertos de nieve, parecen vigilar la creacion. Mira con delicioso éxtasis la suave colina de Chapultepec, rodeada de una vegetacion espléndida, con su magnífico bosque de antdiluvianos y colosales ahuehuetes, de diez y seis metros de circunferencia; mansion de recreo de los emperadores aztecas, y hoy página de recuerdos de la grandeza de una época de maravillosos hechos.

En medio de ese delicioso vergel, que es imposible ver y no amar, se levanta la grandiosa ciudad de Tenochtitlan, la hermosa Méjico, con sus espaciosas calzadas, sus flotantes jardines, meciéndose sobre las ondas de los lagos, con sus gigantescas torres y magníficos edificios.

El valle de Méjico presenta uno de esos cuadros que sorprenden cautivando, y que no se pueden olvidar jamás. Cuadro indescriptible, cuya vista sorprende agradablemente; cuadro de un carácter nuevo, desconocido; que lleva el sello de la originalidad; que forma la fisonomía de aquel país vírgen, exuberante, encantador, y

que es preciso ver para admirarlo, y que se ama cuando se ha tenido la dicha de conocerlo.

Hernan Cortés y sus soldados vieron descorrer ante sus ojos la brillante perspectiva que presentaba el admirable valle en que estaban asentadas las principales ciudades del Anáhuac.

La corte de Moctezuma, la afamada Tenochtitlan, se mostró á la vista del afortunado caudillo español con los encantos de una ciudad flotante, en medio de una inmensa laguna, como la Vénus saliendo de la blanca espuma de los mares; rodeada de verdes islas, de pintorescas aldeas, de nadantes huertos ó chinampas, y acariciada por las embalsamadas auras de una vasta llanura cubierta de vergeles y rodeada de un cerco de vegetacion lozana.

No apareció mas hermosa la poética Italia á los ojos del ambicioso Aníbal, al contemplarla desde los altos Alpes, como se presentó la suntuosa capital de los emperadores aztecas, la Venecia del Anáhuac, á los ojos del afortunado Hernan Cortés al contemplarla desde la cima del monte Ithualco.

Grandes habian sido los peligros y penalidades sufridos por el ejército desde su salida de la Villa Rica; pero todo dió por liberalmente recompensado Hernan Cortés, al comprender, por la maravillosa grandeza de las populosas ciudades y numerosos pueblos que rodeaban á la emperatriz de Anáhuac, toda la importancia de su atrevida empresa, que juzgaba próxima á realizarse. Sus bravos capitanes y la mayor parte de sus valerosos soldados, entre los cuales se distinguia el bravo Bernal Diaz, participaban de su entusiasmo; pero algunos de los